

«Todo tiempo es favorable para hacer el bien»

TEMPLO VOTIVO DE MAIPÚ
8 de septiembre de 1998



Ofrecemos a continuación el texto completo de la Homilía que pronunció el Arzobispo de Santiago, monseñor Francisco Javier Errázuriz, durante la Eucaristía que presidió, el 8 de septiembre, en la fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María y en el Día de Oración por la Unidad Nacional, en el Templo Votivo de Maipú. A la celebración eucarística asistieron las más altas autoridades del país encabezadas por el Presidente de la República, Eduardo Frei, y Señora. Estuvieron presentes el Nuncio Apostólico, monseñor Piero Biggio; ministros de Estado; los Presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, parlamentarios; los Comandantes en Jefe de las Fuerzas Armadas y Director General de Carabineros; miembros del Poder Judicial, representantes de organismos empresariales, gremiales y de trabajadores. Concurrieron, además, numerosas delegaciones de movimientos apostólicos, de organizaciones de Iglesia y de comunidades cristianas.

Hay circunstancias y actitudes en la vida de los pueblos que separan a sus miembros. Hay otras circunstancias que los unen. Hay tiempos en los cuales se experimenta el dolor —ya sea el dolor que une ante la adversidad o el dolor que separa, porque lo causa el hombre— y hay tiempos en los cuales prima la esperanza y la alegría. Hay tiempos en los cuales sentimos que una voz interior nos convoca a conversar con Dios, y a reencontrarnos con mayor profundidad con Él y entre nosotros.

Nos hallamos en el Santuario de Nuestra Señora del Carmen. En un lugar histórico para la patria. En el espacio interior de este templo resuenan las palabras con las cuales el pueblo de Santiago y sus autoridades asumieron el voto de don Bernardo O'Higgins y del general San Martín: «En el mismo lugar donde se dé la batalla y se obtenga la victoria, se levantará un santuario de la Virgen del Carmen, Patrona y Generala de los Ejércitos de Chile; y los cimientos serán colocados... en el mismo lugar de su misericordia, que será el de su gloria». Nos narra la historia que en los días siguientes a la batalla de Maipú fueron sepultados en el lugar donde sería levantado el templo de la promesa, vencedores y vencidos, españoles y chilenos que habían muerto por ambas causas. Pensando en el futuro de la nación que se constituía, y con grandeza de espíritu se quiso ennoblecer el templo con este signo de unidad. Desde entonces, la Virgen del Carmen y su santuario son nombres que se identifican con nuestros anhelos de libertad y de dignidad, de justicia y de paz, de unidad, de misericordia y de gloria. Desde entonces, y con mayor fuerza en los últimos decenios, la Virgen María, querida por nuestro pueblo como su Madre y su Reina, acoge en este lugar santo a todos sus hijos, sin discriminar a nadie. Su Casa en Maipú se ha convertido en tierra de encuentro para los chilenos, en la cual se cruzan los caminos de Chile ante la mirada sabia, vigorosa y llena de bondad del Padre de los cielos.

Nos reunimos en el Mes de la Patria. En nuestra historia, septiembre se destaca como el mes de la constitución de la Primera Junta de Gobierno, en el cual celebramos nuestra Independencia. Pero en sus treinta días han ocurrido otros hechos que han tenido una honda repercusión en nuestra historia; entre ellos, la elección que se hacía el día 4 de los Presidentes de Chile, y también la intervención militar, el 11 de septiembre de 1973. El mes de septiembre, por designio providencial del Señor, también está marcado por signos religiosos. Como ningún otro mes, por numerosas y significativas fiestas de la Santísima Virgen, como si Dios nos invitara a volver nuestra mirada hacia ella al reflexionar sobre la historia de nuestra patria. En este mes, el día 8 celebra-

mos su nacimiento, el día 15 le recordamos junto al Señor Crucificado como la Dolorosa, evocamos su misión como Redentora de los oprimidos y cautivos el día 24, celebramos su santo nombre el 12 de septiembre, y recurrimos a ella como Virgen del Carmen el último domingo del mes, el Día de Oración por Chile.

Hay circunstancias históricas que nos urgen a acercarnos a Dios, y a reencontrarnos como hermanos. Numerosas personalidades de nuestro país intuyen que estamos ante signos y desafíos que no debemos dejar pasar, porque ellos nos invitan a avanzar por el camino de la unidad, la solidaridad y la paz. Esta es la esperanza que nos convoca. Queremos ponerla en las manos de la Santísima Virgen y entrar nosotros mismos, como portadores de esta esperanza, en el misterio de Cristo que se revive en la Eucaristía, adentrándonos con nuestras renunciaciones y sufrimientos en su muerte, para renacer con Él a la vida, alentados por el Espíritu de Jesús y en comunión con Él: a la vida de la Nueva Alianza con Dios y con los hermanos.

Es ineludible recordar el pasado, para descubrir en la historia más reciente algunas palabras de nuestro Dios, que son otras tantas tareas que Él nos confía. No es mi intención hacer una lectura desde una perspectiva política. Tampoco, desde todas las perspectivas. Quisiera escoger sólo una dimensión, la más humana, la que nos invita —a quienes somos hermanos en virtud del bautismo— a compartir el dolor, a tomar distancia de todo trato inhumano, y abrirnos a la esperanza y la solidaridad.

Cuando pensamos en la historia más reciente desde el prisma de la unidad, nos quedaríamos en la superficie si sólo repasáramos sus hechos, y si buscáramos a los responsables entre los demás. A Chile le conviene que meditemos también en algunos aspectos de nuestra cultura que ocasionan y alimentan conflictos, y que reflexionemos en primera persona, ya sea en plural o en singular.

En nuestra convivencia hay algo contradictorio. Nuestro pueblo aprecia el respeto y la concordia, la hospitalidad, la amistad y la paz. Es capaz de acoger y compartir con generosidad, también de acercarse con misericordia a los afligidos y necesitados. Sobre todo en la mujer de nuestro pueblo hay un hondo sentido humano. Pero no podemos negar, al mismo tiempo, la tendencia a afirmar con fuerza las ideas y los planes como algo absoluto, con mayor o menor intransigencia. De repente no hay más verdad que la propia, ni más soluciones a los conflictos que las propias, ni más personas capaces de construir el futuro que las que solidarizan con los propios proyectos. Cuando la situación se tensa, nos falta el buen sentido de relativizar lo propio, de escuchar las razones y los aportes que provienen de los demás y de buscar el

consenso: Y aquello que partió como una idea constructiva, pasa a ser un propósito excluyente, capaz de marginar, descalificar y aún destruir a quienes no lo comparten, como si fueran nuestros enemigos. No simpatizamos con los que disienten; reaccionamos agresivamente contra ellos. Y si nos enardecemos, se abre espacio la hostilidad y la fraternidad se nos fractura o se rompe. No hay nada de cristiano en estos extremos.

Cuando este proceso se exagera en un cuerpo social, puede envenenar la conciencia y la convivencia, ya sea en la familia, en el trabajo, en la universidad, en la política, etc. De hecho ocurrió entre nosotros, con características diferentes, antes y después del 11 de septiembre de 1973, pero con todas las secuelas dolorosas de marginación, exclusión, temor, angustia y frustración. Las consecuencias más graves de esta confrontación llenaron de dolor y de luto a familias enteras, a vastos sectores de la sociedad y, cuando tuvo conciencia de ello, a toda la comunidad nacional. Fueron los actos cometidos por quienes, al margen de los Tribunales de Justicia, torturaron y mataron, o eliminaron criminalmente a hermanos nuestros, a veces a miembros de las Fuerzas Armadas y a Carabineros, las más de las veces a dirigentes políticos y poblacionales. Por todos ellos, por su eterno descanso y por sus familias, elevamos nuestra oración a Dios. Que Él los ayude a perdonar y a encontrar los restos de sus seres queridos, para lo cual se requieren nuevas iniciativas. Fueron actos sin justificación alguna. Hay quienes temen que permanezcan en la impunidad. En la impunidad legal, muchas situaciones; pero no en la ética. Salvo en contados casos, la voz acusatoria de la conciencia y la pérdida de la paz, es un castigo mucho peor que la pérdida de la libertad física. Pero también por estos hombres, que en horas de ofuscación y pasión inhumana se ensañaron contra sus hermanos y sus hermanas, los invito a pedir en esta tarde. Que el Señor les dé el arrepentimiento y el perdón por sus acciones, que al menos en su corazón pidan perdón por sus hechos, y que Dios los ayude a vivir con el inconmensurable dolor de no haber sentido ni respeto ni compasión por sus hermanos.

Ha pasado el tiempo. Las instituciones que tuvieron más responsabilidad política antes y después del año 1973 han reflexionado sobre su misión al servicio del país. Ha crecido el compromiso con los derechos humanos. En nuestro pueblo hay un anhelo muy profundo de acercarse a la Palabra de Dios, de encontrarse con Jesucristo, que es nuestra Paz, nuestro Camino y nuestra Esperanza. Hay voluntad pública y privada de superar esas causas permanentes de conflictos sociales que son la extrema pobreza, la desocupación y la carencia de una habitación digna. El país se esfuerza por mejorar su educación, y por favorecer la formación valórica de sus

alumnos. Se perfecciona el sistema judicial, y encuentra mayor colaboración para el esclarecimiento de responsabilidades criminales. Existe la voluntad de alejar los factores que desunen. Hay signos elocuentes de ello. La presencia de todos ustedes en este templo, sin voluntad de excluir a nadie, es un signo alentador: realmente queremos peregrinar por los caminos de la unidad, la paz y la solidaridad.

Miremos hacia el futuro, dejando que la luz de esta fiesta ilumine nuestro caminar. Nos hemos reunido en el Santuario Nacional de nuestra Patria, cuando celebramos el nacimiento de la Santísima Virgen, un hecho que podría pasar inadvertido, que podría ser considerado como algo insignificante, pero que visto desde el Plan de Dios tenía un trascendental significado. Los tiempos no parecían ser los más propicios para la llegada del Mesías. Corrían años difíciles. Palestina estaba bajo la ocupación romana. Muchos israelitas que habían trabajado por la independencia habían sido crucificados: también masivamente. Los fariseos vaciaban de su sentido la ley de Dios. Los saduceos habían pactado con los romanos una existencia acomodada y vivían como si no esperasen al Mesías. El pueblo sufría bajo la opresión del formalismo religioso y por los tributos que exigían los publicanos, que solían ser corruptos y robaban buena parte de las recaudaciones. Un observador de la época habría dicho: estos tiempos no están dispuestos ni para la unidad nacional ni para la venida del Cristo.

Pero Dios había preparado un número reducido de personas: el Resto de Israel, y ponía en el mundo a una criatura admirable, a la Virgen María: a una joven llena de su gracia y su favor. Había recibido un don único. No había sido tocada por las consecuencias del pecado original. Era una niña de corazón inmaculado. Su rostro irradiaba transparencia y alegría. No había sido golpeada por el desorden de los instintos, tampoco por el ansia de poder, ni por la sed de tesoros en este mundo. Los tenía en el corazón de Dios. Sabía conversar a solas con Dios, y sentía una gran sintonía con su manera de conducir la historia de su Pueblo. Basta recordar su canto de alabanza, el Magnificat. Por lo demás, acercarse a Dios no la ausentaba; ni le impedía estar cerca de las personas, ni estar pronta a acceder a su vocación insaciable de servir. Por algo partió tan de prisa a la casa de Zacarías, cuando Isabel requería su ayuda. Y cuántas veces habrá entrevistado las necesidades de los demás, que fue la primera en descubrir que se agotaba el vino en Caná, y de evitar a los esposos la vergüenza de no atender bien a sus invitados. Podríamos hablar tanto de ella.

Penetremos más profundamente en los planes de Dios. ¿Qué estaba ocurriendo? El Señor acababa de poner un nuevo inicio a la historia de la humanidad.

Recordando a los primeros padres, a Adán y Eva, recordando las esperanzas que unió a su creación como imagen de Dios en la tierra, había resuelto poner en el mundo a María Santísima, para tener en ella un nuevo Paraíso, una tierra de encuentro de los hombres con su Señor, y de los hombres entre sí. Acababa de despuntar la nueva aurora de la humanidad, iluminada por el sol de Cristo, que llegaría a este mundo a través de la Virgen María. Estaba despuntando un mundo nuevo. Refiriéndose a la Virgen en la Anunciación, el Santo Padre escribió: «En la fe de María se ha vuelto a abrir por parte del hombre aquel espacio interior en el cual el eterno Padre puede colmarnos con toda clase de bendiciones espirituales: el espacio de la Nueva y Eterna Alianza» (Redemptoris Mater 28).

Este es el espacio que Dios nos ofrece para vivir y para colmarnos de bendiciones: el espacio de la Nueva Alianza. No es el espacio de la enemistad, la falsedad o la desconfianza. No es el espacio de la triste ley de la reciprocidad en el mal: ojo por ojo, diente por diente. No es el espacio del egoísmo y de la violencia, del odio y de la corrupción. Es el espacio nuevo que se abrió, de parte de los hombres, en la fe y la aceptación de María Santísima, pero que Dios mismo nos ofrece a todos. Es el espacio del Espíritu de Jesús: de su oración al Padre y de su entrega por todos nosotros. Invitados a seguir sus huellas y a imitar su amor, es el espacio del perdón y la reconciliación, de la justicia y la misericordia, del servicio y el apoyo a los más débiles, pequeños y necesitados, de la verdad y la paz, de la santidad y de la gracia. Es el espacio de la Nueva Alianza, en que cada hijo de Dios se siente a gusto y es tratado conforme a su dignidad, con cariño y benevolencia, con respeto y seriedad, con profunda admiración por los dones que ha recibido de Dios, y con gratitud por los servicios que presta a su familia y a la sociedad.

¿Tenemos que esperar que se den condiciones más favorables para avanzar por los caminos de la unidad, la solidaridad y la paz que las que se dan en el presente? Si pensamos conforme al ejemplo de Cristo, todo tiempo es favorable para hacer el bien. Es más, una de las notas más características del amor cristiano consiste en dar gratuitamente lo que hemos recibido gratis del Señor, consiste en tomar la iniciativa en el servicio, en amar primero, adelan-

tarse en hacer el bien, como Jesús. Pensemos en la fiesta que celebramos. Dios no cambió el mundo para que naciera María. Hizo nacer a María para cambiar el mundo. Así como no esperó que hubiera lugar en la posada de Belén para que naciera Cristo. Nació Jesús, para que hubiera lugar en todas las posadas, cada vez que alguien golpeará a sus puertas para ser acogido o para nacer.

San Francisco de Asís, como fiel discípulo de su Señor, precisamente porque lo imitaba, comenzó su «Plegaria simple» con estas palabras:

«Señor, haz de mi un instrumento de tu Paz:
que donde haya odio, ponga yo amor;
que donde haya ofensa, ponga yo perdón;
que donde haya discordia, ponga yo unión».

Ese es el espíritu de ese espacio interior, que Dios colma con toda clase de bendiciones espirituales, del espacio en el cual quiere desarrollarse nuestra vida.

Somos muchos los que queremos comprometernos ante la Santísima Virgen con los caminos de la fraternidad. Los desafíos que tenemos por delante nos piden un gran esfuerzo de solidaridad. El más inmediato se refiere a las consecuencias de la sequía y de la crisis asiática. No recibiremos ayuda internacional para enfrentarlas. Todo dependerá de nuestra solidaridad, animada por el Espíritu de Dios: de la responsabilidad y creatividad de los empresarios, para no perder puestos de trabajo; de la corresponsabilidad de los trabajadores, para evaluar sus exigencias y las posibilidades de compartir trabajos; de las intervenciones de la autoridad, para potenciar la competitividad de nuestros productos, y de tantas otras iniciativas. Este será el desafío más inmediato.

Concluyo. El 5 de abril de 1892 fue inaugurado el primer Templo de Maipú. Pocos meses antes había concluido la guerra civil. Las batallas de Concón y Placilla habían dejado miles de muertos. Aludiendo a los efectos de esta lucha fratricida, don Ramón Angel Jara se dirigió a la Virgen del Carmen con estas palabras: «¡Abre tu blanco manto y convida a la familia chilena a darse un abrazo de paz y de fraternal unión!». Así pediremos al término de esta Eucaristía con la oración que el Santo Padre rezó en este Templo, cuando coronó a Nuestra Señora del Carmen, como Reina de Chile.

† **MONSEÑOR FRANCISCO JAVIER ERRÁZURIZ OSSA**
Arzobispo de Santiago

Santiago, 8 de septiembre de 1998